

Entre la empatía y el aprendizaje: reflexiones desde mi práctica en el CERSAI

Gabriela Gaytán Palacios

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0009-0009-1259-5607

REALIZAR LA INTERVENCIÓN DE LA METODOLOGÍA y práctica de Trabajo Social de Grupo como estudiante, en el Centro de Reinserción Social para Adolescentes Infractores representó una experiencia significativa tanto en lo personal como en lo académico. Durante este periodo, tuve la oportunidad de conocer de cerca las realidades, desafíos y potencialidades de adolescentes mujeres que se encuentran cumpliendo medidas socioeducativas. Este artículo tiene como propósito compartir las principales vivencias, aprendizajes y reflexiones surgidas a partir de esta experiencia. Comenzaré compartiendo que por azares del destino y el deseo profundo de realizar mi práctica en un espacio donde pudiera ser de verdadera utilidad, tuve la dicha de ver este anhelo cumplido. Agradezco profundamente la oportunidad que se me brindó, pues significó mucho más que un requisito académico, fue una experiencia de crecimiento personal y profesional.

Durante el semestre agosto-diciembre de 2024, al iniciar mis materias de prácticas, tuve la fortuna de integrarme al Centro de Reinserción Social para Adolescentes Infractores núm. 2 (CERSAI), donde permanecí durante cuatro meses que, aunque breves, estuvieron llenos de aprendizajes significativos. Mi labor se desarrolló específicamente con un grupo de seis adolescentes mujeres de entre 16 y 18 años, recluidas por la comisión de distintos delitos, entre ellos homicidio, secuestro y robo agravado. Una experiencia que, sin duda, resultó tan desafiante como reveladora para una estudiante de cuarto semestre de la Licenciatura en Trabajo Social.

En la actualidad, vivimos las consecuencias de los años en que la violencia ha azotado a Ciudad Juárez. Los huérfanos de esa violencia se han convertido, en muchos casos, en sus sucesores, perpetuando un ciclo difícil de romper. Sin embargo, me atre-



vo a afirmar que pocas veces se apuesta verdaderamente por las adolescencias. Hablar de adolescentes suele asociarse con problemas, inmadurez o casos perdidos; y esta percepción se intensifica cuando se trata de jóvenes en conflicto con la ley. Si a ello añadimos la condición de ser mujeres adolescentes enfrentando un proceso legal, la situación se vuelve aún más compleja dentro de una sociedad marcada por el machismo y la desvalorización de la mujer, lo que genera una estigmatización doble: por su edad y por su género.

La importancia de hablar sobre la reinserción social no puede pasarse por alto, ya que se trata de un problema que está en constante crecimiento. Aunque los casos de adolescentes mujeres sean minoría, resulta alarmante observar el contexto en el que se desarrollan los delitos que cometen. Y, si bien puede sonar repetitivo, no deja de ser cierto que los jóvenes representan el futuro de nuestro país. Esto nos invita a reflexionar ¿cómo estamos acompañando a nuestras juventudes para garantizarles oportunidades de desarrollo y reinserción social efectivas?

Llegar al CERSAI representó un gran reto desde el primer día de práctica. Enfrentarme a un sistema de revisiones estrictas y protocolos de seguridad extrema, con múltiples restricciones, fue un desafío constante. Ser estudiante ya implicaba, en muchos casos, complicaciones adicionales, debido a las experiencias que los practicantes anteriores habían dejado como referencia para quienes llegábamos después.

En mi caso, conté con cierta ventaja. al ser una estudiante de 37 años, pude enfrentar algunas situaciones con mayor tranquilidad y aceptación por parte del personal y los internos. Sin embargo, tuve que aprender rápidamente qué acciones eran apropiadas y cuáles no, para poder desenvolverme de manera positiva dentro de un sistema complejo y en ocasiones, intimidante. La experiencia me hizo comprender que más que “prestar un servicio”, ingresar al CERSAI implicaba un compromiso profundo y un aprendizaje constante, pues mi tiempo allí debía ser útil para mí y para quienes me rodeaban.

Adaptarme al complejo sistema del CERSAI fue apenas el primer paso; lo más revelador de mi práctica llegó al interactuar directamente con las adolescentes. Cada encuentro con ellas me permitió ver más allá del estigma y los prejuicios asociados con su situación legal. Poco a poco, descubrí historias de vida cargadas de experiencias difíciles, pero también de resiliencia, creatividad y deseo de transformación. A través de estas interacciones, comprendí que el Trabajo Social no se limita a cumplir protocolos, sino que implica acompañar, escuchar y construir espacios de confianza donde el cambio pueda comenzar. Al iniciar mi práctica, me dediqué a conocer a fondo la información necesaria para acercarme al grupo que me fue asignado por el departamento de Trabajo Social de CERSAI. Desde el principio, me hicieron saber que las adolescentes mujeres solían tener menos actividades fuera de sus módulos, debido a la restricción de no poder



compartir espacios con los adolescentes varones. Al ser una minoría dentro del centro, esta condición las colocaba en una situación de mayor aislamiento, lo que limitaba sus oportunidades de participación.

Los primeros contactos con ellas fueron indirectos, podía observarlas en la oficina de Trabajo Social los días en que se les permitía realizar llamadas a sus familiares. Mi presencia y la de mis compañeras de práctica resultaba extraña para ellas; nuestra llegada alteraba, de algún modo, la rutina de su entorno. Mi primera impresión fue que intentaban mostrarse con una actitud ruda y distante, quizá como una forma de defensa ante la presencia de personas externas. No obstante, decidí desde un inicio mantener una actitud cercana, respetuosa y empática, tratándolas con la misma naturalidad con la que me relaciono con cualquier otra persona. Llegó el día de tener el primer contacto directo con el grupo de mujeres; sentí nervios, pero también un profundo entusiasmo por la oportunidad de conocerlas y comenzar a trabajar con ellas. Desde el inicio, mi intención fue generar un espacio que transmitiera confianza y tranquilidad, pero, sobre todo, que les permitiera desconectarse, al menos por un momento del proceso que estaban viviendo. En el grupo había jóvenes con historias muy distintas, algunas llevaban ya tres años reclusas, mientras que otras apenas tenían un mes en el centro.

La tarea no fue sencilla, ya que debíamos trabajar con recursos limitados y con los pocos materiales que se nos per-

mitía ingresar. Aun así, con mis dos compañeras de práctica, decidimos comenzar. Nos presentamos, las invitamos a presentarse y conversamos brevemente sobre lo que esperaban de ese espacio semanal de seis horas. Para ser el primer encuentro, el resultado fue mejor de lo que imaginaba, aunque se mostraron reservadas y con cierta rudeza, el objetivo de esa primera sesión se cumplió; logré percibir un poco de la esencia de cada una y abrir una pequeña puerta hacia la confianza. Cada una de las adolescentes con las que trabajé tenía una historia única. Algunas enfrentaban la ausencia de figuras familiares importantes, otra lidiaba con la responsabilidad de ser madre a una temprana edad, o quien su único contacto era con su madre, recluida en el CERESO, por lo que cada día de llamadas, ellas se veían mediante video llamada. Varias habían experimentado pérdidas significativas. Estas circunstancias no solo habían influido en su comportamiento, sino que también habían moldeado su percepción de sí mismas y del mundo que las rodeaba. En este contexto, el Trabajo Social se convirtió en una herramienta para ayudarles a reconstruir su autoestima, desarrollar habilidades de comunicación asertiva y fomentar la integración grupal.

El proceso no estuvo exento de desafíos, en las primeras sesiones, fue evidente que el grupo estaba desintegrado, con dinámicas marcadas por la agresividad y la falta de empatía entre ellas. Algunas adolescentes mostraban resistencia a participar, mientras que otras se aislaban o adoptaban roles que dificult-



taban la cohesión grupal. Sin embargo, a través de la observación constante, la retroalimentación y la implementación de técnicas adaptadas a sus necesidades, logramos avanzar hacia una mayor integración y colaboración.

Uno de los momentos más significativos fue la técnica del buzón de los cumplidos, en la que cada adolescente debía identificar y escribir las cualidades positivas de sus compañeras. Al principio, fue evidente que estaban más acostumbradas a resaltar los aspectos negativos de las demás, pero con orientación y apoyo, lograron reconocer las fortalezas de sus compañeras y, en el proceso, también las propias. Este ejercicio, además de fortalecer su autoestima, fomentó un ambiente de respeto y apoyo mutuo.

Otro aspecto que me marcó profundamente fue la implementación del diario de emociones. Algo que encontré necesario implementar, debido a que cada día su estado de ánimo era muy variable, especialmente los lunes, pues el día anterior era día de visitas y en la mayoría de los casos esto generaba un impacto en su estado de ánimo, por el hecho de no recibir a quien esperaban, ya que, en los centros de reinserción social para adolescentes, las visitas familiares representan uno de los momentos más esperados de la semana. Son un hilo que conecta el adentro con el afuera, una pausa en la rutina institucional y para muchos jóvenes, un recordatorio de que aún existen lazos que los vinculan con el mundo más allá de los muros. Sin embargo, cuando la persona esperada no llega, la ausencia pesa más que la

reja cerrada. Este recurso permitió a las adolescentes canalizar sus sentimientos antes de cada sesión, creando un espacio seguro para la introspección y la expresión emocional. Fue conmovedor ver cómo, a través de la escritura, lograban identificar sus emociones y reflexionar sobre ellas, lo que les ayudó a manejar mejor el desánimo y a desarrollar una mayor resiliencia.

Como practicante, esta experiencia me dejó lecciones que trascienden el ámbito académico. Aprendí que el Trabajo Social no solo trata de aplicar métodos y técnicas, sino construir relaciones basadas en la empatía, la confianza y el respeto. Entendí que cada intervención debe ser adaptada a las necesidades específicas de los participantes, y que el cambio no siempre es inmediato, pero cada pequeño avance cuenta. El cierre del proyecto fue un momento de emociones encontradas, por un lado, la satisfacción de ver los avances logrados en el grupo, y por otro, la tristeza de despedirme de estas jóvenes que me enseñaron tanto, ya que no sé si algún día las pueda volver a ver. En sus vivencias, alguna de ellas llegó a comentar incluso que, si un día llegaba a salir, tal vez no sobreviviría, ya que le esperaban represalias y no sabía si era mejor quedarse ahí, pues incluso habían recuperado peso, porque ahí sí comía tres veces al día.

Finalmente, la entrega de reconocimientos personalizados para cada una de las mujeres adolescentes por haber concluido las sesiones, fue un gesto simbólico, significati-



vo, que reflejó el impacto positivo de cada una de las sesiones en sus vidas. En conclusión, trabajar con adolescentes en contacto-conflicto con la ley es un desafío que requiere paciencia, sensibilidad y un enfoque

integral. Este proyecto me permitió comprender la importancia de la intervención social en la construcción de un futuro más esperanzador para quienes enfrentan situaciones de vulnerabilidad.

